



## Opinión

### Las malas noticias

El otro día le escuché esta frase a un buen amigo: "La política no es un espectáculo. No es para disfrutar, no es para hacer reír". No sé si fue parte de una inspiración personal o la citó de alguien. Si pertenece a otra persona, les ruego me disculpen por no tener como citarla, mas la felicito, pues es una frase tremenda para los días que corren.

Desde la antigua Grecia se reconocía al político como aquel ciudadano que se dedicaba a los intereses públicos en general. Es decir, representaba fielmente a ciudadanos como usted y como yo, y buscaba, por sobre todas las cosas, garantizar el bien común. Iba al espacio público, allí donde estamos todos, a servir, y no a servirse de él.

También, desde hace mucho hemos relacionado al político con la figura de una autoridad, como hemos comentado en estas mismas páginas, el vocablo "autoridad" proviene del latín auctoritas, que deriva del verbo augere, que significa aumentar, hacer crecer o magnificar. Auctoritas a su vez proviene de auctor, que significa "creador" u "originador". Por eso hay tanta belleza en las palabras y tanto placer al recorrer la larga historia de su magnífica creación.

Siguiendo esta disquisición, la autoridad y el que la ejerce es un creador, un alguien que origina cosas. Las hace nacer. Y como todos sabemos, para crear se requiere más que decir o "decretar", como se dice hoy. La creación requiere método, trabajo, esfuerzo, planificación, medición, corrección y resultados. Y ese proceso es largo, excede la velocidad y demanda inmediata de los medios de comunicación y el vértigo de la exposición en redes sociales. Y es aquí donde la política y el político, ese que es autoridad y al que le está exigido crear, están fallando. Y fuerte.

Hay varios síntomas, pero quiero detenerme en uno: la aversión del político-autoridad por las malas noticias, que no es otra cosa que dar la cara, enfrentar y pagar un costo cuando no se han creado las condiciones para garantizar el bien común.

Ejemplos hay por montones, pero uno de los más visibles es el de un alcalde (de una comuna cualquiera) que, enfrentado a un desborde de delincuencia o la suciedad o abandono de un sector de la ciudad denunciado por sus vecinos-electores, el que da la cara es un funcionario de rango secundario, habitualmente el encargado de seguridad o el de aseo y ornato, según sea el caso.

Entonces lo que vemos es un traspaso del costo público de una labor que es propia de ese político -la de "crear" (con trabajo, método, disciplina, etc.) las condiciones para enfrentar la delincuencia o la falta de aseo, a otro personero que los vecinos no eligieron y que tampoco evaluarán luego en las urnas.

Sin embargo, cuando se trata de inaugurar las cámaras de seguridad o recibir equipamiento para Carabineros o nuevos camiones para el retiro de la basura, ese alcalde o seremi o director de servicio, estará con su mejor pinta, muy bien acompañado por cámaras y flashes para comunicar las buenas nuevas.

¿Qué valoramos más los ciudadanos? ¿A aquella autoridad que hace crecer o magnifica lo que tiene a su recaudo y que preocupado por el bien común es capaz de soportar y enfrentar las malas noticias que puedan ocurrir en el proceso? ¿O nos hemos acostumbrado a esa política performática, que decreta cosas, que busca likes y viralización, con una cuña fácil o con una idea que otros debiesen ejecutar?

El rol de autoridad necesariamente debe enfrentar, protagonizar y comunicar malas noticias. Pasar malos ratos dándole una lucha sin cuartel al comercio ambulante, no permitir evangelización en espacios públicos con sistemas de amplificación, multar a todos los que se estacionan sobre las veredas, combatir sin descanso las incivildades o el crimen organizado y la delincuencia, aunque eso genere efectos colaterales no del todo agradables, pero cubiertos bajo el imperio de la ley.

No digo que esto último no sea parte del quehacer propio de aquella autoridad, lo que digo es que tal como bien dijo mi amigo: "La política no es un espectáculo. No es para disfrutar, no es para hacer reír".

Quizá ha llegado el momento de exigir que vuelva a ser lo que alguna vez fue: una herramienta para servir, no para brillar.



**HUGO CAMPOS MIRANDA**  
Periodista